

el miedo á los gendarmes le impedía cometer.

Reuniéronse al fin un día en casa del señor Baillehache, donde Buteau y Elisa se encontraron por primera vez á presencia de Francisca y de Juan, á quienes la Grande había acompañado por placer, con el pretexto de impedir que hubiera algún disgusto. Los cinco entraron en el despacho graves y silenciosos. Los Buteau se sentaron á la derecha. Á la izquierda, Juan se quedó en pie detrás de Francisca, como para indicar que él no estaba allí más que para autorizar á su mujer. La tía se colocó en medio, delgada y alta, mirando á unos y á otros con aire de satisfacción. Las dos hermanas ni siquiera parecían conocerse, sin una palabra, sin una mirada. Entre los hombres no medió más que una ojeada rápida, fulgurante, parecida á una puñalada.

—Amigos míos—dijo el señor Baillehache con calma—vamos á terminar ante todo la partición de las tierras, sobre la cual estáis de acuerdo.

Aquella vez pidió desde luego las firmas. La escritura estaba extendida, y sólo estaba en blanco la designación de los lotes á continuación de los nombres, y todos tuvieron que firmar antes del sorteo que se hizo en seguida para quitar estorbos.

Francisca sacó el número dos, y como el uno correspondía á Elisa, el rostro de Buteau se puso negro. ¡Nunca había de tener suerte! ¡Su parcela partida en dos! ¡Aquella chiquilla y su macho plantados allí con su parte entre sus dos trozos!

—¡Voto á....!

El notario le rogó que esperara á estar en la calle.

—Esto nos hace mal avío—dijo Elisa sin volverse hacia su hermana. Acaso se avendrían á un cambio. Esto nos convendría y no haría mal tercio á nadie.

—¡No!—dijo Francisca secamente.

La Grande aprobó con un movimiento de cabeza: bajo pena de atraer la desgracia, no convenía rechazar lo que la suerte daba. Aquel golpe del destino la alegraba; mientras que Juan no se había movido, detrás de su mujer, tan resuelto á no mezclarse en nada, que mantenía su rostro sin expresión.

—Vamos—añadió el notario—acabemos.

Las dos hermanas, de común acuerdo, lo habían escogido para proceder á la licitación de la casa, muebles y animales. La venta por anuncios se había fijado para el segundo domingo del mes: se haría en su estudio, y el pliego de condiciones indicaba que el adjudicatario tendría el derecho de entrar en posesión el mismo día de la adjudicación. Después de la venta se procedería al arreglo de cuentas entre los coherederos. Todo esto fué aceptado sin decir una palabra, con movimientos de cabeza.

Pero en aquel momento, Fouan, á quien esperaban como tutor, fué introducido por un pasante que impidió á Jesucristo entrar por encontrarse muy borracho. Aunque Francisca era mayor hacía un mes, las cuentas de la tutela no habían sido rendidas todavía, lo cual complicaba las cosas, y había que arreglar aquello para descartar la responsabilidad del viejo. Este miraba á unos y otros, temblando de miedo á verse comprometido y á tener que habérselas con la justicia.

En un minuto estuvieron hechas las cuentas, y el notario las leyó. Escuchábanle todos ansiosos, temiendo no comprender y que si dejaban pasar una palabra no estuviera en ella su desgracia.

—¿Tenéis reclamaciones que hacer?—preguntó Baillehache cuando acabó.

Se quedaron como asustados. ¡Qué reclamaciones!

—Dispensad—dijo bruscamente la Grande—pero ésta no es la cuenta de Francisca. ¡Menester es que mi hermano cierre los ojos para no ver que la han robado!

Fouan murmuró:

—¡Cómo!..... Juro ante Dios que no la he tomado ni un sueldo.

—Yo digo que Francisca, desde que se casó su hermana, hace cinco años, ha estado en la casa como criada, y que le deben sus salarios.

Buteau, ante aquella salida inesperada, dió un salto en su silla. Elisa parecía ahogarse.

—¡Salarios!..... ¿Cómo? ¡á una hermana!..... ¡Eso sería una porquería!

Baillehache tuvo que hacerles callar, afirmando que la menor tenía perfecto derecho á reclamar sus salarios si quería.

—Si quiero—dijo Francisca.—Quiero todo lo que es mío.

—¿Y lo que ha comido?—gritó Buteau fuera de sí.—Me parece que no llevaba consigo el pan y la carne, Pueden tocarla y verán qué carnes tiene.

—¿Y la ropa?—continuó furiosamente Elisa.—¿Y el lavado? que en dos días ensuciaba una camisa, de tal modo sudaba.

Francisca replicó:

—Si yo sudaba tanto, era á fuerza de trabajar.

—El sudor se seca y no ensucia—añadió la Grande.

Baillehache intervino de nuevo. Les explicó que eran dos cuentas aparte, los salarios y la manutención y los gastos. Había cogido una pluma é intentó hacer esta cuenta por sus indicaciones. Pero aquello fué horrible. Francisca, apoyada por la Grande, tenía muchas exigencias, apreciaba muy caro su trabajo, enumeraba todo lo que hacía en la casa, y las vacas, y el menaje, y la vajilla, y los campos, donde su cuñado la ocupaba como un hombre. Por su parte, los Buteau, exasperados, aumentaban la nota de los gastos, contaban las comidas, mentían acerca de los vestidos, reclamaban hasta el valor de los regalos hechos en las fiestas. A pesar de todo, resultó que debían ciento ochenta y seis francos, y se quedaron con las manos temblorosas y los ojos inflamados, buscando con qué podrían compensar aquella diferencia.

Ya se iba á aceptar la cifra, cuando exclamó Buteau:

—¡Un momento! ¿Y el médico cuando estuvo opilada?..... Hizo dos visitas que costaron seis francos.

La Grande no quiso que se pusieran de acuerdo ante aquella victoria de los otros, y excitó á Fouan exigiendo que se acordase de los jornales que la muchacha había echado para la granja cuando él estaba en la casa. ¿Eran cinco ó seis jornales á treinta sueldos? Francisca decía que seis y Elisa que cinco, con tanta violencia como si se

apedrearan. Y el viejo, mareado, daba la razón á una y á otra, golpeándose la frente con los puños. Francisca lo ganó, y la cifra fué de ciento ochenta y nueve francos.

—¿De modo que ya está todo bien?—preguntó el notario.

Buteau en su silla parecía aniquilado por aquella cuenta que crecía siempre, no luchando más, creyéndose en el colmo de la desdicha. Murmuró con voz doliente:

—Si se quiere mi camisa, me la quitaré.

Pero la Grande reservaba un último golpe terrible, algo que todo el mundo olvidaba.

—Escuchad, ¿y los quinientos francos de la indemnización por el camino?

De un salto púsose en pie Buteau, con los ojos desencajados y la boca abierta. No había nada que objetar, no había discusión posible: había tomado el dinero y tenía que devolver la mitad. Meditó un momento, pero no encontrando salvación, enloquecido por completo, se lanzó bruscamente sobre Juan.

—¡Indecente, que has matado nuestra buena amistad! Sin ti, viviríamos todos juntos en paz.

Juan, muy razonable en su silencio, tuvo que ponerse á la defensiva.

—¡Como me toques, te mato!

Vivamente Francisca y Elisa se levantaron, plantándose delante de sus maridos, con el rostro inflamado por el odio creciente y las uñas dispuestas á arrancarse la piel. Se habría empeñado una lucha general que ni la Grande ni Fouan parecían dispuestos á impedir, si el notario no hubiera salido de su flemma profesional.

—¡Ea, basta ya! ¡esperad á estar en la calle! ¡Pues no faltaba más sino que no pudiera haber acuerdo sin pegarse antes!

Cuando todos, temblorosos, estuvieron algo tranquilos, añadió:

—¿Estáis de acuerdo, no es esto?.... Pues bien, voy á extender las cuentas de tutela, se las firmará, y en seguida procederemos á la venta de la casa para concluir.... ¡Ea, sed prudentes, que algunas veces las tonterías cuestan caras!

Esto acabó de calmarlos. Pero cuando salían, Jesucristo, que había esperado á su padre, insultó á toda la familia, murmurando que era una verdadera vergüenza mezclar á un pobre viejo en todas aquellas historias para robarlo con seguridad; y enternecido por la borrachera, se lo llevó como lo había traído, en una carreta que le había prestado un vecino. Los Buteau desfilaron por un lado, y la Grande llevó á Juan y á Francisca hacia el Buen Labrador, donde se hizo pagar una taza de café. Estaba radiante.

—¡Cuánto he gozado!—concluyó, metiéndose en el bolsillo el azúcar que le había sobrado.

Todavía tuvo una idea la Grande aquel día. Al volver á Rognes corrió á hablar con el tío Saucisse, uno de sus antiguos amantes, según se decía. Como los Buteau habían anunciado que ellos pujarían la casa contra Francisca hasta dejar la piel, se dijo que si el viejo la pujaba por su parte, los otros acaso abandonarían la partida. Saucisse aceptó mediante un regalo. El segundo domingo del mes pasaron las cosas como ella había prescrito. De nuevo, en el estudio del notario, los Buteau estaban á un lado, Francisca y Juan al otro

con la Grande; había allí muchos campesinos que habían ido con la vaga idea de comprar, si daban la casa por nada. Pero en cuatro ó cinco pujas lanzadas con tono seco por Elisa y Francisca, la casa subió á tres mil quinientos francos, que era lo que valía. Francisca se detuvo en tres mil ochocientos francos. Entonces entró en escena el tío Saucisse; llegó á los cuatro mil y aun pujó quinientos francos más. Los Buteau se miraron asustados; aquello no era posible, les helaba la idea de todo aquel dinero. Elisa, sin embargo, se dejó arrastrar hasta cinco mil, pero se quedó aterrada cuando el viejo, de un solo golpe, saltó á cinco mil doscientos. Aquello había concluído; la casa le fué adjudicada en cinco mil doscientos francos. Los Buteau se alegraron: aquella gran suma sería buena de tomar, desde el momento en que Francisca y su cochino de marido se quedaban sin la casa.

Sin embargo, cuando Elisa, de vuelta en Rognes, entró en aquella antigua morada donde había nacido y donde había vivido, se puso á sollozar. El mismo Buteau parecía también conmovido y decía que habría dejado hasta el último pelo de su cuerpo. ¡Ah! la pobre vieja casa patrimonial de los Fouan, construída hacía tres siglos por un antepasado, ahora medio arruinada! Decir que la familia la habitaba hacía trescientos años y que se había acabado por amarla y honrarla como una verdadera reliquia!

Al día siguiente estalló la tormenta. El tío Saucisse fué por la mañana á hacer su declaración al registro, y Rognes supo que había comprado la casa por cuenta de Francisca, autorizada por su

marido; y no sólo la casa, sino también los muebles, Gedeón y la Coliche. En casa de Buteau parecía que había caído un rayo. El marido y la mujer, tirados por tierra, lloraban con la desesperación de haber sido vencidos por aquella chiquilla. ¿Iban á consentir aquello? ¡No, no, ya verían!

Cuando se presentó la Grande en nombre de Francisca, para hacer entender cortésmente á Buteau qué día debían desocupar la casa, ésta le arrojó fuera, respondiendo con una sola palabra:

—¡Mierda!

Ella se fué muy contenta, diciendo que le enviaría el alguacil. A la mañana siguiente, Vimeux, pálido é inquieto, llamó con prudencia á la puerta, espiado por las comadres de la vecindad. Como no le respondieran, llamó más fuerte y dijo á voces á qué iba. Abrióse entonces la ventana del granero y una voz gritó la misma palabra:

—¡Mierda!

Y un cubo de agua cayó sobre Vimeux, calándole de pies á cabeza.

La Grande llevó á Juan á Chateaudun á casa del abogado, y éste les explicó que habían de pasar lo menos quince días para la expulsión. La Grande discutió para ganar un día, y cuando regresó á Rognes anunció á todo el mundo que el sábado—era martes—los Buteau serían puestos en la calle á sablazos, si no se iban á buenas.

Cuando Buteau supo la noticia, hizo un gesto de terrible amenaza y dijo que no saldría vivo y que los soldados tendrían que derribar la casa. Aquellos días andaba por todas partes hecho un loco, aterrando á todo el mundo. Una mañana se apercibieron de que se había fortificado en su casa;

dentro se oían llantos y las voces de Elisa y sus dos hijos. La vecindad se puso en conmoción, y un viejo acercó una escalera para mirar por la ventana; pero la ventana se abrió, y Buteau empujó la escalera y el viejo cayó, rompiéndose las piernas. ¡Es que no era dueño de hacer en su casa lo que quisiera! Y enseñaba los puños. También Elisa se asomó, vomitando injurias contra los curiosos.

El viernes, Buteau encontró á su padre cerca de la iglesia y se puso á llorar y se arrodilló ante él pidiéndole perdón por los disgustos que le había dado. Acaso por esto le sucedían tantas desdichas. Le suplicaba que volviera á vivir con él, porque creía que sólo su vuelta le traería la suerte. Fouan, asombrado, le prometió aceptar un día, cuando estuvieran arreglados todos los asuntos de familia.

Llegó el sábado. La agitación de Buteau había ido creciendo, y desde la mañana á la noche no hacía más que enganchar y desenganchar sin motivo; las gentes huían ante él. El sábado á las ocho volvió á enganchar, pero no salió, y se plantó en la puerta, llamando á los vecinos que pasaban, riendo, sollozando, hablando de su asunto en términos muy crudos. Porque Elisa había salido, armó una cuestión y la pegó delante de todo el mundo. Seguía en la puerta esperando á la justicia é insultándola por adelantado.

A las cuatro apareció Vimeux con dos gendarmes. Buteau, muy pálido, cerró precipitadamente la puerta. Acaso no había creído nunca que las cosas llegasen hasta el fin. En la casa reinó un silencio de muerte. Insolente aquella vez, bajo la protección de la fuerza armada, Vimeux llamó con los dos puños. Nadie le contestaba. Los gen-

darmes hicieron retemblar la puerta á culatazos. Todo Rognes estaba allí presenciando aquel sitio. De pronto se abrió la puerta, y vieron á Buteau de pie en la delantera de su carro, fustigando al caballo, saliendo al galope por entre la multitud y gritando:

—¡Voy á ahogarme! ¡voy á ahogarme!

Hablaba de acabar, de arrojarse al Aigre, con su carro y su caballo.

—¡Apartaos! ¡voy á ahogarme!

El espanto había dispersado á los curiosos. Pero cuando lanzaba el carruaje por la cuesta, corrieron algunos hombres á detenerlo. Aquel animal era capaz de hacer lo que decía. Le alcanzaron y saltaron á la cabeza del caballo. Cuando le trajeron, no hablaba una palabra y apretaba los dientes: dejaba que se cumpliera el destino con la muda protesta de su rabia impotente.

En aquel momento la Grande traía á Francisca y á Juan para que tomasen posesión de la casa. Buteau se contentó con mirarlas sombríamente. Elisa comenzó á gritar hecha una furia. Los gendarmes les decían que hicieran sus paquetes y se marcharan; Elisa llamaba cobarde á su marido que consentía todo aquello.

—Vamos, despachemos, decía Vimeux triunfante. No nos marcharemos hasta que hayáis entregado las llaves á los nuevos propietarios.

Hacia tres días que los Buteau habían llevado muchas cosas, herramientas y utensilios grandes á casa de su vecina la Frimat, que les había alquilado su casa, reservándose sólo la alcoba de su esposo paralítico.

Cuando Elisa apercibió á Francisca y á Juan,

aumentó su furor; entonces estalló todo su rencor.

—¡Ah, perdida, has venido con tu canalla!.... Ya ves lo que nos pasa; lo mismo que si te bebieras nuestra sangre.... ¡Ladrona, ladrona, ladrona!

Francisca, muy pálida y con los labios apretados, no respondía y espiaba los movimientos de su hermana, afectando una vigilancia mortificante. Precisamente vió que cogía un escabel de la cocina que había entrado en la venta.

—Eso es mío—dijo con sequedad.

—¿Tnyo? pues vé á buscarlo—contestó la otra tirando el escabel al depósito de las aguas sucias.

La casa estaba desocupada. Buteau cogió el caballo por la brida y Elisa á sus hijos, y al salir de su antigua morada, se aproximó á Francisca y la escupió al rostro.

—¡Toma! para tí.

Su hermana escupióla también.

—¡Pues toma! para tí.

Al salir Buteau exclamó:

—Hasta bien pronto; ¡volveremos!

Cuando los Buteau entraban en casa de la Friemat, se asombraron al ver entrar á Fouan que llegaba lleno de espanto diciéndoles:

—¿Hay aquí un rincón para mí?

Hacía mucho tiempo que Jesucristo y su hija andaban siempre, durante su sueño, registrándole sus ropas en busca de sus papeles. Pero aquel día, después de almorzar tuvo un vahido y cayó aturdido sobre la mesa. Al volver en sí, se encontró tendido en tierra y sintió que Jesucristo y la

Trouille le desnudaban. En vez de socorrerle, aprovecharon la ocasión para registrarle. Ella, sobre todo, lo hacía brutalmente, registrándole hasta por dentro de los calzoncillos, examinándole la piel por todas partes y separándole brutalmente las piernas. ¡Pero nada! ¿dónde tendría el escondite? Era cosa de abrirlé para verle por dentro. Tal miedo le entró al viejo de ser asesinado que no se movió y siguió fingiendo el desvanecimiento; y cuando se vió libre, escapóse, resuelto á no dormir en el castillo.

—¿Qué? ¿hay un rincón para mí?

Buteau se alegró de aquella vuelta imprevista de su padre. Era la vuelta del dinero.

—Seguramente, viejo. Nos estrecharemos....

¡Ah! ¡qué rico sería yo, si para elló sólo se necesitara tener buen corazón!

Francisca y Juan habían entrado lentamente en la casa. Obscurecía, y un pálido fulgor apenas iluminaba las habitaciones silenciosas. Parecía una casa muerta.

Francisca iba recorriéndola toda muy despacio. Confusas sensaciones y vagos recuerdos despertábanse en ella. En este sitio había jugado cuando niña. Allí estaba la cocina donde su padre había muerto junto á la mesa. Más allá, en la alcoba, recordó aquellos suspiros ahogados de placer de Buteau y de Elisa, que por las noches oía á través del techo. Parecíale que Buteau estaba siempre allí. Aquí la había él cogido una noche, y ella le había mordido; y allí también, y también allá.

De pronto, al volverse, quedó sorprendida al ver á Juan. ¿Qué hacía allí aquel extraño, que parecía estar en visita, no atreviéndose á tocar nada?

Invadióla una sensación de soledad. Creía que iba á entrar dando gritos de triunfo al salir su hermana; y la casa no la alegraba, sentía cierto mal-estar..... Acaso aquello era efecto de la luz tan melancólica. Francisca y su marido acabaron por encontrarse en plena obscuridad, sin haber tenido siquiera ánimos para encender una luz.

Un ruido los atrajo á la cocina, y reconocieron á Gedeón que había entrado como de costumbre. En el establo mugía la vieja Coliche.

Entonces Juan abrazó á Francisca y la besó dulcemente, como para decirle que iban á ser muy felices.

PARTE QUINTA.

I.

Antes de las labores cubríase la Beauce, hasta donde alcanzaba la vista, de una capa de estiércol. Veíanse por todos los caminos carretas llenas de vieja paja podrida, que despedían un espeso vapor como si arrebatasen su calor á la tierra; y de un extremo á otro de la inmensa llanura esparcíanse y llenaban los aires las acres emanaciones de aquella podredumbre.

Una tarde Juan conducía á su tierra un gran carro de estiércol. Hacía un mes que él y Francisca se habían instalado en la casa, y su existencia había tomado la marcha activa y monótona de los campos. Cuando llegaba, vió á Buteau en la parcela de al lado extendiendo los montones de abonos depositados la semana anterior. Como eran vecinos, se veían forzados á trabajar uno al lado del otro. Acaso el mejor día estallarí una disputa cualquiera y se matarían á golpes de azadón.

CAPITULO ALFONSO